

Shhh! ¿Puedes oírlo?
Los árboles pueden. Son los primeros en saber que se acerca. ¡Escucha! Los árboles del bosque profundo y oscuro se estremecen, agitan sus hojas como envoltorios de papel de plata gastada. El viento artero, serpenteando por sus copas, susurra que pronto dará comienzo.

Los árboles lo saben. Son antiguos y ya han visto de todo.

* * *

No hay luna.

No hay luna cuando aparece el Hombre de Barro. La noche se ha puesto un par de finos guantes de piel; ha tendido sobre la tierra una sábana oscura: un ardid, un disfraz, un hechizo para que bajo su manto todo caiga en un dulce sueño.

Oscuridad, pero no solo eso, en todo hay matices, tonalidades, texturas. Mira: la lanosidad de los árboles acurrucados, la acolchada extensión de los campos, la tersura del foso de melaza. Y sin embargo... A menos que seas muy desafortunado, no habrás notado que algo se movía donde nada debía moverse. En verdad, eres afortunado. Ninguna persona que haya visto surgir al Hombre de Barro vive para contarlo.

Allí, ¿lo ves? El foso oscuro y brillante, el foso embarra-
do ya no está inmóvil. A lo lejos ha aparecido una súbita bur-
buja, un temblor de pequeñas ondas, un leve indicio.

¡Has desviado la mirada! Y te has comportado sabiamente. Tales visiones no son para personas como tú. Dirigiremos
nuestra atención hacia el castillo, algo se agita también por allí.

En lo alto de la torre.

Pon atención y lo verás.

Una muchacha aparta la colcha.

La enviaron a la cama unas horas antes; en el aposento
contiguo su niñera ronca ligeramente; sueña con jabones y li-
rios y altos vasos de leche fresca y tibia. Pero algo ha desperta-
do a la niña; se incorpora a hurtadillas; se desliza sobre la sába-
na blanca y apoya los pálidos y finos pies, el uno junto al otro,
en el suelo de madera.

No hay luna que le permita ver ni ser vista, pero aun así
la ventana la atrae. El cristal biselado está frío; percibe el tré-
mulo aire helado de la noche mientras sube hasta lo alto de la
estantería, y se sienta en la repisa de los libros desechados de
la infancia, víctimas de su apresuramiento por crecer y mar-
charse de allí. Con el camisón envuelve sus piernas pálidas y
apoya la mejilla en el hueco donde se juntan las rodillas.

El mundo está allí fuera, y en él, las personas se mueven
como muñecos de cuerda.

Algún día, no muy lejano, lo verá por sí misma. Porque
si el castillo tiene cerrojos en todas las puertas y rejas en las
ventanas no es para impedir que ella salga, sino para que aquel
ser no entre.

Aquel ser.

Ha oído historias sobre él. Él es una historia. Un relato de
hace muchos años. Y las rejas y cerrojos, vestigios de un tiempo
en que las personas creían en tales cosas. Rumores sobre mons-
truos que aguardan en los fosos, al acecho de hermosas donce-

llas. Un hombre víctima de una antigua injusticia que busca vengarse, una y otra vez.

Pero a la niña — que frunciría el ceño si supiera que la llaman de esa manera — ya no le preocupan los cuentos de hadas y los monstruos de la infancia. Es inquieta, moderna, adulta, y ansía escapar. Esa ventana, ese castillo ya no son suficientes. Sin embargo, por el momento es todo cuanto posee y, melancólica, observa a través del cristal.

En el exterior, en la lejanía, en el valle entre las colinas, el pueblo comienza a adormecerse. Un tren lejano y monótono, el último de la noche, anuncia su llegada: un chillido solitario que no recibe respuesta, y el jefe de estación, con un rígido sombrero de tela, se apresura torpemente a levantar la bandera. En el bosque cercano un cazador furtivo observa a su presa y sueña con regresar a su hogar y dormir, mientras en las afueras del pueblo, en una casita con la pintura desconchada, llora un recién nacido.

Acontecimientos perfectamente cotidianos en un mundo donde todo tiene sentido. Donde lo que está allí es visible, y si no puede verse es porque no existe. Un mundo ciertamente distinto de aquel donde la niña ha despertado.

Porque allí abajo, más cerca de lo que a ella se le ha ocurrido observar, algo está sucediendo.

* * *

El foso ha comenzado a respirar. En el fondo, enfangado, late húmedo el corazón del hombre enterrado. Un sonido que no es el aullido del viento se alza desde las profundidades y acecha la superficie. La niña lo oye; es decir, lo siente, ya que los cimientos del castillo están unidos al lodo, y el gemido se filtra a través de las piedras, sube por los muros, un piso tras otro, de un modo imperceptible llega a la repisa donde está sentada. Un libro, querido en otro tiempo, cae al suelo, y la niña de la torre se sobresalta.

El Hombre de Barro abre un ojo. Lo cierra, y vuelve a abrirlo, con un movimiento rápido, brusco. ¿Pensará aún en la familia que perdió, la bella esposa y los dos bebés regordetes y sonrosados que dejó atrás? ¿Su mente regresará incluso a los días de infancia, cuando corría con su hermano por los campos de finos y pálidos juncos? ¿O recordará quizás a esa otra mujer, aquella que lo amó antes de su muerte? Aquella que con sus halagos y atenciones y la negativa a ser rechazada hizo que el Hombre de Barro lo perdiera todo.

* * *

Algo está cambiando. La niña lo percibe y se estremece. Apoya la mano en la ventana helada y deja un rastro con forma de estrella. La hora de las brujas se cierne sobre ella, aunque no sepa nombrarla. Nadie puede ayudarla. El tren se ha marchado; el cazador furtivo duerme junto a su mujer; también el bebé duerme, desistió de gritarle al mundo todo lo que ya sabe. En el castillo, la niña junto a la ventana es la única despierta; su niñera ha dejado de roncar y respira con tanta suavidad que parece inerte. En el bosque los pájaros también guardan silencio, con la cabeza al abrigo de sus alas temblorosas, los ojos cerrados en una línea gris frente a aquello que, lo saben, se acerca.

Solo están allí la niña y el hombre que despierta en el lodo. El corazón se acelera, porque su hora ha llegado y no durará mucho. Hace girar las muñecas, los tobillos, se levanta de su lecho de fango.

No mires. Te lo ruego, aparta la mirada mientras rompe la superficie, mientras sube desde el foso, se yergue sobre la orilla mojada y oscura, levanta los brazos y respira profundamente: recuerda qué es respirar, amar, desear.

Será mejor que observes las nubes de tormenta. Incluso en la oscuridad puedes ver que se aproximan. Un estruendo de

nubes furiosas, amenazantes, que retumban, ruedan, chocan hasta llegar a lo alto de la torre. ¿El Hombre de Barro trae la tormenta o es la tormenta la que trae al Hombre de Barro? Nadie lo sabe.

Desde su atalaya, la niña inclina la cabeza mientras las primeras gotas vacilantes salpican el cristal y se encuentran con su mano. El día ha sido agradable, no muy caluroso; el atardecer, fresco. No había indicios de una tormenta de medianoche. A la mañana siguiente, los lugareños observarán con sorpresa la tierra húmeda, sonreirán y, rascándose la cabeza, dirán: «¡Increíble, hemos dormido sin enterarnos!».

Pero ¡mira! ¿Qué es eso? Una masa, una silueta trepa por los muros de la torre. La figura se mueve rápida, ágil, inverosímil. Es obvio que ningún hombre puede lograr tal hazaña.

Llega a la ventana de la niña. Ya están frente a frente. Ella lo ve a través del cristal biselado, a través de la lluvia, ahora torrencial: una criatura monstruosa, embarrada. Abre la boca para gritar, para pedir ayuda, pero en ese preciso instante todo cambia.

Ante sus ojos, él cambia. Ella lo ve a través de las capas de fango. A través de generaciones de oscuridad, furia y tristeza, ve el rostro humano. El rostro de un joven. Un rostro olvidado. Un rostro de inmensa nostalgia, pesadumbre y belleza. Entonces la niña, sin pensarlo, abre el pestillo de la ventana. Para resguardarlo de la lluvia.

Raymond Blythe, prólogo de *La verdadera historia del Hombre de Barro*

LAS HORAS DISTANTES

PARTE



Una carta perdida llega a su destino

1992

Todo comenzó con una carta. Una carta, perdida durante mucho tiempo, que había esperado medio siglo en una saca de correos olvidada, en el oscuro desván de una insignificante casa de Bermondsey. A menudo pienso en esa saca de correos; en los cientos de cartas de amor, facturas de tiendas, tarjetas de cumpleaños, notas de hijos a sus padres que se amontonaban y suspiraban allí, mientras sus mensajes frustrados susurraban en la oscuridad, aguardando a que alguien notara su presencia. Porque, como se suele decir, una carta siempre buscará un lector; tarde o temprano, de algún modo, las palabras encontrarán la forma de ver la luz, de revelar sus secretos.

Perdón, soy una romántica, una costumbre adquirida después de muchos años de leer novelas del siglo XIX a la luz de una linterna mientras mis padres me creían dormida. Lo que intento decir es que si Arthur Tyrell hubiera sido un poco más responsable, si no hubiera bebido tantos ponches de ron esa Navidad de 1941, si no hubiera regresado a su casa para sumergirse en un sueño alcohólico en lugar de completar la entrega del correo, si la saca no hubiera permanecido oculta en el desván de su casa hasta que murió, cincuenta años después, cuando una de sus hijas la descubrió y se puso en contacto con el *Daily Mail*,

todo habría sido diferente. Para mi madre, para mí, y especialmente para Juniper Blythe.

Quizás lo leyeron cuando sucedió. Apareció en todos los periódicos y en los telediarios televisivos. El Canal 4 emitió incluso un programa especial al que invitaron a algunos de los destinatarios de las cartas para hablar sobre ellas, sobre las voces que habían regresado del pasado para sorprenderlos. Allí estuvo la mujer cuyo amado había servido en la RAF, y el hombre con la tarjeta de cumpleaños que le había enviado un hijo que había sido evacuado, un niño que había muerto unas semanas después a causa de una herida de metralla. Me pareció un programa muy bueno, conmovedor por momentos, historias alegres y tristes intercaladas con antiguas secuencias filmadas de la guerra. Un par de veces me eché a llorar, pero eso no significa mucho: soy bastante propensa al llanto.

Sin embargo, mi madre no apareció en el programa. Los productores se pusieron en contacto con ella y le preguntaron si en su carta había algo especial que quisiera compartir con el país, pero ella dijo que no, que era solo un pedido de ropa a una tienda que había cerrado sus puertas muchos años atrás. No era cierto. Lo sé porque yo estaba allí cuando llegó. Fui testigo de su reacción ante la carta perdida, en absoluto indiferente.

Sucedió una mañana a finales de febrero. El invierno aún no daba tregua, los parterres estaban helados, y yo había venido para ayudar con el asado del domingo. Suelo hacerlo porque a mis padres les gusta, a pesar de que soy vegetariana y sé que en algún momento de la comida mi madre comenzará a preocuparse, luego se angustiara y finalmente no podrá contenerse y me soltará las estadísticas sobre proteínas y anemia.

Yo pelaba patatas en el fregadero cuando la carta cayó al suelo por la ranura de la puerta. El hecho de que los domingos no suele repartirse la correspondencia tendría que habernos puesto sobre aviso, pero no fue así. Yo, por mi parte, estaba

muy ocupada preguntándome cómo les comunicaría a mis padres que Jamie y yo nos habíamos separado. Hacía ya dos meses que había ocurrido, sabía que tendría que decir algo, pero cuanto más lo retrasaba, más difícil me resultaba. Y tenía mis razones para callar: mis padres se habían mostrado recelosos con respecto a Jamie desde un principio, no se tomaban los disgustos con tranquilidad, y mi madre se preocuparía más de lo habitual si se enteraba de que yo estaba viviendo sola en el apartamento. Aunque, por encima de todo, me aterrorizaba la inevitable e incómoda conversación que seguiría a continuación de mi anuncio. En la cara de mi madre vería primero el desconcierto, luego la alarma, seguida por la resignación cuando comprendiera que el código maternal requería de ella alguna clase de consuelo. Pero volvamos a la carta.

Un ruido, algo cae suavemente a través de la ranura.

—Eddie, ¿podrías recogerla?

Era la voz de mi madre. (Eddie soy yo. Perdón, tenía que haberlo dicho antes).

Señaló con la cabeza hacia el pasillo, y con la mano que no tenía dentro del pollo hizo un gesto.

Dejé la patata, me sequé las manos con un paño y fui a buscar la correspondencia. Sobre el felpudo había una sola carta: un sobre oficial de correos. Según se declaraba, su contenido era «correo enviado a una nueva dirección». Se lo leí a mi madre mientras entraba en la cocina.

Para entonces ella ya había rellenado el pollo y estaba secándose las manos. Con el ceño ligeramente fruncido, por costumbre más que por alguna expectativa en particular, observó la carta y cogió sus gafas de leer, que había dejado sobre la pinya que estaba en el frutero. Echó un vistazo a la inscripción del correo y, parpadeando, comenzó a abrir el sobre.

Seguí pelando las patatas, una tarea bastante más atractiva que observar a mi madre mientras abría su correspondencia, de

forma que siento reconocer que no vi su expresión cuando del interior de aquel sobre sacó otro más pequeño —prestando atención a la fragilidad del papel y al antiguo sello de correos— y le dio la vuelta para leer el nombre del remitente. Sin embargo, desde entonces la he imaginado muchas veces con sus mejillas palideciendo de pronto y los dedos lo suficientemente temblorosos como para tardar algunos minutos en abrir el sobre.

No fue necesario que imaginara el sonido: el horrible y gutural gemido seguido de inmediato por una serie de sollozos que inundaron el aire, y que hicieron que se me resbalara el pelapatatas y me cortara el dedo. Me acerqué a ella.

—Mamá... —dije, rodeándole los hombros mientras intentaba no manchar de sangre su vestido.

Ella no dijo nada. Más tarde me explicó que en ese momento no había sido capaz. Permaneció de pie, inmóvil, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, aferrando aquel pequeño y extraño sobre —de un papel tan fino que yo podía distinguir la carta doblada en su interior—, apretándolo contra su pecho. Entonces desapareció por la escalera hacia su habitación, dejando una vaga estela de instrucciones sobre el pollo, el horno y las patatas.

Su ausencia sumió la cocina en un penoso silencio. Me mantuve serena, me moví con lentitud para no perturbarlo. Mi madre no suele llorar, pero ese momento —su congoja y la sensación que producía— me resultaba extrañamente familiar, como si ya lo hubiéramos vivido. Al cabo de quince minutos, durante los cuales pelé patatas, consideré diversas opciones sobre la identidad del remitente y me pregunté cómo debía actuar a continuación; llamé a su puerta y le pregunté si quería una taza de té. Para entonces ya se había recuperado, y nos sentamos frente a frente a la pequeña mesa de formica de la cocina. Mientras yo fingía no darme cuenta de que había llorado, comenzó a hablar del contenido del sobre.

—Es una carta de alguien que conocí hace mucho tiempo. Cuando era apenas una niña de doce o trece años —explicó.

A mi mente acudió una imagen, el recuerdo difuso de una fotografía que había visto junto a la cama de mi abuela agonizante. Tres niños —mi madre era la menor, con el cabello corto y oscuro— en primer plano, encaramados sobre algo. Era extraño, me había sentado junto a mi abuela cientos de veces y sin embargo no podía recordar los rasgos de esa niña. Quizás durante la infancia no tenemos verdadero interés en saber quiénes eran nuestros padres antes de que nacióramos, salvo que un hecho en particular arroje luz sobre el pasado. Bebí un sorbo de té y esperé a que mi madre siguiera hablando.

—No te he contado mucho sobre esa época, ¿verdad? La guerra, la Segunda Guerra Mundial. Fueron tiempos terribles, tal confusión, tanta destrucción, parecía... —Mi madre suspiró, y luego continuó—: Parecía que el mundo jamás volvería a la normalidad, que su eje se había desplazado y ya nada podría ajustarlo otra vez —dijo observando la taza humeante mientras rodeaba el borde con sus dedos—. Vivía con mi familia, mi madre, mi padre, Rita y Ed, en una pequeña casa en Barlow Street, cerca de Elephant & Castle. El día que estalló la guerra, a los niños nos reunieron en la escuela, desde allí nos dirigimos a la estación y nos subieron al tren. Jamás lo olvidaré. Todos con nuestras tarjetas de identificación, nuestras caras desconcertadas y nuestros equipajes. Las madres, arrepentidas, corrieron a la estación para pedir a gritos al guardia que les permitiera bajar a sus hijos; luego pidieron a gritos a sus hijos mayores que cuidaran de sus hermanos, que no los perdieran de vista.

Mi madre permaneció un instante en silencio, mordiéndose el labio inferior. Parecía reproducir la escena en su mente.

—Seguramente tenías miedo —dije en voz baja. Si en nuestra familia fuéramos más expresivos, me habría acercado a ella para aferrar su mano.

—Al principio sí —respondió ella, antes de quitarse las gafas y frotarse los ojos. Sin ellas, su rostro tenía un aspecto vulnerable, inacabado; recordaba a un animalito nocturno desorientado bajo la luz del día. Me sentí aliviada cuando volvió a ponérselas y prosiguió—: Jamás había estado fuera de casa, jamás había pasado la noche lejos de mi madre, pero me acompañaban mi hermano y mi hermana, mayores que yo. Mientras el tren avanzaba, una maestra repartía chokolatinas y todos comenzaron a animarse y a considerar la experiencia casi como una aventura. ¿Te imaginas? Se había declarado la guerra y nosotros cantábamos, comíamos peras en conserva y jugábamos al veo veo mirando por la ventanilla. Los niños son muy resistentes, a veces pueden ser incluso insensibles.

»Por fin llegamos a una ciudad llamada Cranbrook, donde nos dividimos en grupos y subimos a diferentes coches. El que yo ocupé junto a Ed y Rita nos llevó al pueblo de Milderhurst. Allí nos condujeron en fila hacia un gran salón. Nos esperaba un grupo de mujeres que, con una sonrisa pintada en el rostro y una lista en la mano, nos hizo formar hileras. Los habitantes del lugar empezaron a pasear entre nosotros para hacer su elección.

»Los más pequeños se iban rápido, en especial los más agraciados. Tal vez creían que darían menos trabajo, que tendrían menos tufillo a Londres —comentó mi madre, y sonrió con amargura—. La realidad pronto hablaría por sí misma. Mi hermano fue uno de los primeros seleccionados. Era un niño fuerte, alto para su edad, y los granjeros necesitaban desesperadamente que los ayudaran en su trabajo. Rita se fue un poco después junto con su amiga de la escuela.

Basta. Extendí mi mano y la apoyé sobre la suya.

—Oh, mamá...

—No te preocupes —dijo ella. Enseguida liberó su mano y me dio una palmadita en los dedos—. No fui la última. Aún quedaban algunos..., un niño pequeño con una terrible enfer-

medad en la piel. No sé adónde fue a parar, todavía estaba allí cuando me marché. ¿Sabes una cosa? Después de aquello, durante mucho tiempo, años, me obligué a comprar la fruta sin elegirla, aunque estuviera estropeada. Nada de examinarla y devolverla al estante si no me convencía.

—Pero finalmente fuiste elegida.

—Sí, fui elegida. —Mi made jugueteó con algo que tenía en la falda y bajó la voz. Tuve que acercarme para poder oírla—. Llegó tarde. El salón estaba casi vacío, la mayoría de los niños se había ido y las damas del Servicio de Voluntarias ya estaban guardando las tazas de té. Yo había comenzado a llorar un poco, aunque muy discretamente. Y entonces, de repente, llegó ella, y el salón, el aire mismo, pareció alterarse.

—¿Alterarse? —pregunté frunciendo el ceño. Recordé la escena de *Carrie* en la que explota la lámpara.

—Es difícil de explicar. ¿Conoces a alguna persona que parezca llevar su propia atmósfera adondequiera que vaya?

Tal vez. Levanté los hombros, vacilante. Mi amiga Sarah suele provocar que se vuelvan las cabezas pase por donde pase; no es precisamente un fenómeno atmosférico, pero...

—No, por supuesto. Dicho así, suena absurdo. Me refiero a que era diferente, más... ¡Oh, no lo sé! Simplemente *más*. Bella de un modo extraño, cabello largo, ojos grandes, aspecto algo salvaje, pero no solo eso la diferenciaba. Por entonces, en septiembre de 1939, apenas tenía diecisiete años, y sin embargo las demás mujeres parecieron replegarse cuando llegó ella.

—¿En actitud reverente?

—Sí, esa es la palabra: reverente. Parecían sorprendidas de verla, e inseguras, no sabían cómo comportarse. Al final, una de ellas comenzó a hablar, le preguntó si podía ayudarla, pero la muchacha simplemente agitó en el aire sus largos dedos y anunció que venía en busca de su evacuado. Eso dijo; no *un* evacuado, sino *su* evacuado. Y luego se dirigió directamente hacia el sitio

donde yo me encontraba sentada en el suelo. «¿Cómo te llamas?», preguntó, y cuando le respondí, me sonrió y comentó que debía de estar cansada después de tan largo viaje. «¿Te gustaría venir a mi casa?», dijo. Yo asentí, supongo, porque se volvió hacia la mujer que parecía la jefa, la que sostenía la lista, y anunció que me llevaría consigo.

—¿Cómo se llamaba?

—Blythe —dijo mi madre, reprimiendo un levísimo temblor—. Juniper Blythe.

—¿Es de ella la carta?

Mi madre asintió.

—Me llevó al coche más lujoso que jamás había visto y condujo hasta el lugar donde vivía con sus hermanas. Atravesamos unos grandes portones de hierro, seguimos un sinuoso camino y llegamos a un enorme edificio de piedra rodeado por un bosque espeso. Milderhurst Castle.

Aquella descripción parecía sacada de una novela gótica. Me estremecí ligeramente. Recordé el llanto de mi madre mientras leía el nombre de la mujer y la dirección en el sobre. Había oído historias sobre los evacuados, sobre cosas que les habían sucedido.

—¿Es un recuerdo terrible? —pregunté de pronto.

—Oh, no, en absoluto. No fue terrible, todo lo contrario.

—Pero la carta te ha hecho...

—La carta ha sido una sorpresa, nada más. Un recuerdo de hace muchos años.

Mi madre se calló. Pensé en la evacuación, seguramente para ella había sido abrumador, terrorífico, extraño, el hecho de haber sido enviada a un lugar desconocido, donde todas las cosas y las personas eran tan diferentes. Yo tenía frescas aún las experiencias de mi infancia, el horror de ser lanzada a situaciones nuevas, desconcertantes, los furiosos lazos forjados —por necesidad, para sobrevivir— con edificios, con adultos comprensivos, con amigos especiales.

Al recordar esas urgentes amistades, se me ocurrió algo.

—Mamá, ¿volviste alguna vez a Milderhurst después de la guerra?

Ella levantó bruscamente la mirada.

—Claro que no. ¿Por qué habría de hacerlo?

—No lo sé. Para saludar a tus conocidos y saber qué ha sido de ellos. Para visitar a tu amiga.

—No —respondió con firmeza—. Tenía a mi familia en Londres, mi madre no podía prescindir de mí, y además había mucho que hacer después de la guerra. La vida real siguió su curso.

Y con esas palabras, el velo familiar cayó sobre nosotras y supe que la conversación había acabado.

* * *

Al final no comimos el pollo. Mi madre dijo que no se sentía bien y me preguntó si podíamos dejarlo para otro fin de semana. Me pareció poco amable recordarle que de todas formas yo no como carne y mi asistencia era una especie de servicio filial. Dije que no tenía inconveniente y le sugerí que se acostara. Ella se mostró de acuerdo, y mientras yo recogía mis cosas para guardarlas en el bolso, tomó dos aspirinas y me recordó que me protegiera las orejas del viento.

Mi padre se pasó durmiendo el tiempo que duró todo este episodio. Es mayor que mi madre y se jubiló hace unos meses. La jubilación no le sienta bien; durante la semana deambula por la casa, buscando cosas para reparar y ordenar —y volviendo loca a mi madre—, y el domingo descansa en su sillón. Es el derecho natural del hombre de la casa, asegura ante quien esté dispuesto a oírlo.

Le di un beso en la mejilla y me marché. Camino del metro me enfrenté al viento helado, cansada, nerviosa y algo depri-

mida por regresar sola al apartamento endemoniadamente caro que hasta hacía poco había compartido con Jamie. Solo al llegar a cierto punto entre las estaciones High Street Kensington y Notting Hill Gate caí en la cuenta de que mi madre no me había contado qué decía la carta.

Un recuerdo aclara las cosas

Ahora, mientras escribo, me desilusiona un poco mi comportamiento. Todos somos expertos en perspicacia, y sabiendo ya qué habría podido descubrir, es sencillo preguntarme por qué no indagué un poco más. Pero no soy una completa idiota. Al cabo de unos días, tomé el té con mi madre y, aunque no conseguí hablarle de mi nueva situación, le pregunté acerca del contenido de la carta. Ella eludió la pregunta, dijo que no era importante, poco más que un saludo; que su reacción se había debido a la sorpresa, nada más. En aquel entonces yo no sabía que mi madre era tan buena mintiendo. No tenía motivos para dudar, continuar con las preguntas o prestar más atención a su lenguaje corporal. En general, tendemos a creer lo que nos dicen, especialmente aquellos que conocemos o nos resultan familiares, personas de confianza. Al menos, eso es lo me sucede a mí; o me sucedía.

Durante un tiempo me olvidé de Milderhurst Castle y de la evacuación de mi madre, e incluso del extraño hecho de que jamás hubiera oído nada al respecto. Como en la mayoría de los casos, era muy fácil encontrar una explicación, bastaba con intentarlo. Mi madre y yo nos llevamos bien, pero nunca fuimos especialmente íntimas, y ciertamente no nos embarcábamos en

largas conversaciones sobre el pasado familiar. Tampoco sobre el presente. En resumen, su evacuación había sido una experiencia agradable aunque insignificante; no había razón para que se le ocurriera compartirla conmigo. Dios sabe que yo tampoco le contaba algunas cosas.

Más difícil de racionalizar era la fuerte y extraña sensación que me había invadido al ser testigo de su reacción ante la carta, la inexplicable certeza de un importante recuerdo que no podía precisar. Algo que había oído o visto, y olvidado, revoloteaba ahora por los oscuros recovecos de mi mente, negándose a detenerse y permitir que lo nombrara. Me esforzaba por recordar si años atrás había llegado otra carta que también la hubiera hecho llorar. Era inútil: la sensación, escurridiza y difusa, se negaba a aclararse. Decidí que probablemente era obra de mi imaginación hiperactiva; mis padres siempre habían dicho que me causaría problemas si no tomaba precauciones.

En aquella época tenía preocupaciones más urgentes. Y especialmente adónde iría a vivir cuando acabara mi contrato de alquiler del apartamento. Los seis meses pagados por anticipado habían sido el regalo de despedida de Jamie, algo así como una disculpa, una compensación por su comportamiento reprochable. Terminaban en junio. Había revisado los anuncios de los periódicos y de los escaparates de las inmobiliarias, pero con mi modesto salario era difícil encontrar una vivienda que estuviese cerca de mi trabajo.

Soy editora en la editorial Billing & Brown. Es una pequeña editorial familiar, aquí en Notting Hill. Fue fundada a finales de los años cuarenta por Herbert Billing y Michael Brown, con el objetivo inicial de publicar sus propios poemas y piezas teatrales. Creo que, cuando empezaron, adquirieron una buena reputación, pero con el transcurso de los años, a medida que las editoriales más importantes conquistaban sus cuotas de mercado y comenzaba a declinar el gusto del público por títulos

de culto, se vieron obligados a publicar géneros que amablemente denominaron «especializados», y otros a los que se referían menos amablemente como «vanidades». El señor Billing —Herbert es su nombre de pila— es mi jefe; es también mi mentor, mi defensor y mi mejor amigo. No tengo muchos. En todo caso, no de los que viven y respiran. Y no pretendo parecer triste y solitaria; simplemente no pertenezco a la clase de personas que acumulan amigos o disfrutan de las multitudes. Soy buena con las palabras, pero no las habladas; a menudo pienso que sería una maravilla relacionarme solo a través del papel. Y supongo que, en cierto modo, es lo que hago, porque tengo cientos de amigos de esa otra clase, que habitan entre portadas, en gloriosas páginas impresas, en historias que siempre se desarrollan de la misma manera y nunca pierden la alegría, que me cogen de la mano y me conducen a través de mundos de extraordinario terror y placer entusiasta. Compañeros apasionantes, dignos, fiables —algunos cargados de sabios consejos—, pero, por desgracia, poco aptos para ofrecer una habitación disponible durante uno o dos meses.

Aunque no tenía experiencia en separaciones —Jamie había sido mi primer novio verdadero, el primero con quien proyecté un futuro—, sospechaba que era el momento de pedir favores a mis amigos. Acudí a Sarah. Las dos crecimos en el mismo vecindario, y mi casa se convirtió en su segundo hogar; venía cada vez que alguno de sus hermanos pequeños enloquecía y necesitaba escapar. Me halagaba que alguien como Sarah considerara un refugio aquella casa de mis padres, situada en las afueras y un tanto austera. Las dos fuimos muy amigas durante toda la secundaria, hasta que a Sarah la encontraron demasiadas veces fumando en el baño y cambió las clases de matemáticas por un instituto de belleza. Ahora trabaja por su cuenta para revistas y películas. Su éxito es maravilloso, pero desgraciadamente eso significó que, cuando la necesité, ella se encontraba en Hollywood

convirtiendo actores en zombis, y su apartamento y la habitación de invitados, subarrendados a un arquitecto australiano.

Durante un tiempo me preocupé, imaginando hasta el último detalle el tipo de vida que tendría que llevar sin techo, hasta que Herbert, en un acto de caballerosidad, me ofreció un sofá en su pequeño apartamento, debajo de la oficina.

—¿Después de todo lo que hiciste por mí? —dijo cuando le pregunté si hablaba en serio—. Me levantaste del suelo. ¡Me salvaste!

Me pareció que exageraba. No lo había encontrado exactamente en el suelo, aunque sabía a qué se refería. Después de trabajar en la editorial un par de años, cuando el señor Brown murió, empecé a buscar un puesto más emocionante. Pero a Herbert le había afectado tanto la muerte de su compañero que no pude dejarlo, al menos en ese momento. Aparentemente no tenía a nadie, aparte de su rechoncha perrita, y aunque jamás hablara del tema, el tipo y la intensidad de su pena me llevaron a deducir que él y el señor Brown habían sido algo más que socios. Herbert dejó de comer, de ducharse, y una mañana se emborrachó con ginebra a pesar de ser abstemio.

No tenía demasiadas opciones: comencé a prepararle las comidas, confisque su ginebra y cuando las cifras estuvieron muy bajas y no conseguí despertar su interés por el asunto, yo misma me encargué de llamar a las puertas para conseguir nuevos trabajos. Comenzamos a imprimir folletos para las tiendas de la zona. Cuando Herbert se enteró, se sintió tan agradecido que sobrevaloró un poco mi iniciativa. Empezó a referirse a mí como su *protégée*, y a entusiasmarse con el futuro de Billing & Brown: juntos haríamos renacer la empresa en honor al señor Brown. Sus ojos recuperaron el brillo y yo aplacé mi búsqueda de un nuevo empleo.

Y aquí estoy ahora. Ocho años después. Sarah no puede entenderlo. Es difícil explicarle a alguien como ella, una persona

inteligente y creativa que se niega a hacer cualquier cosa en términos que no sean los propios, que el resto de nosotros poseemos diferentes criterios sobre una vida satisfactoria. Yo trabajo con personas a las que adoro, gano el dinero suficiente para mantenerme (tal vez no en un apartamento de dos ambientes en Notting Hill), puedo pasar mis días jugando con las palabras y las frases, contribuir a que las personas expresen sus ideas y realicen el sueño de publicar una obra. No significa que carezca de perspectivas. El año pasado Herbert me ascendió a vicepresidenta. El hecho de que seamos los únicos trabajadores a tiempo completo en la oficina carece de importancia. Incluso hicimos una pequeña ceremonia. Susan, la empleada a media jornada, preparó un pastel y trajo vino en su día libre para que los tres brindáramos con vino sin alcohol en tazas de té.

Ante el inminente desalojo, acepté gustosa su ofrecimiento de un sitio para dormir. Un gesto realmente conmovedor, sobre todo si consideramos las pequeñas dimensiones del apartamento. Además, no tenía otra opción.

—¡Maravilloso! Jess estará fascinada, le encantan los invitados — declaró Herbert, exultante.

Y así, en mayo, me dispuse a abandonar para siempre el apartamento que había compartido con Jamie, a pasar la última página en blanco de nuestra historia y a empezar una nueva, solamente mía. Tenía mi trabajo. Tenía buena salud. Tenía una enorme cantidad de libros. Solo debía ser valiente y enfrentarme a la inmensidad de los grises y solitarios días venideros.

En realidad, creo que lo llevé muy bien y solo de vez en cuando me permitía sumergirme en sentimentalismos. En esos momentos buscaba un rincón oscuro y tranquilo para poder entregarme por completo a la fantasía: imaginaba con gran detalle los futuros días insípidos en los que caminaría por nuestra calle; deteniéndome en aquel edificio, observaría el alféizar de la ventana donde solía cultivar mis plantas, vería una silueta a través del

cristal. Basta con echar un vistazo a la frágil barrera entre el pasado y el presente para conocer el dolor físico que supone darse cuenta de que uno es incapaz de volver.

* * *

De pequeña era soñadora, y un motivo de permanente frustración para mi pobre madre. Solía desesperarse cuando pisaba un charco embarrado, cuando tenía que apartarme de la cuneta o de un autobús que pasaba a toda velocidad. Decía cosas como: «Es peligroso perderse en la propia cabeza». O bien: «Si no ves lo que realmente sucede a tu alrededor, puedes sufrir un accidente. Debes prestar atención».

Era fácil para ella: jamás ha pisado la tierra una mujer más sensata y pragmática. No obstante, no resultaba tan simple para una niña acostumbrada a vivir de su imaginación desde la primera vez que se preguntó: «¿Qué sucedería si...?». Por supuesto, nunca dejé de fantasear, simplemente aprendí a ocultarlo. Pero de algún modo ella estaba en lo cierto, porque la manía de imaginar mi sombrío y deprimente futuro después de Jamie me pilló totalmente desprevenida para lo que ocurrió a continuación.

A finales de mayo recibimos una llamada telefónica de un supuesto médium que quería publicar un manuscrito sobre sus encuentros espiritistas en Romney Marsh. Cuando un potencial cliente se pone en contacto con nosotros, hacemos lo posible por contentarlo, razón por la cual me encontré conduciendo el viejo Peugeot de Herbert en dirección a Kent para conocernos, conversar y, con un poco de suerte, firmar un contrato. No conduzco muy a menudo y detesto la autopista cuando hay demasiado tráfico, así que salí al amanecer, suponiendo que tendría el camino bastante despejado para volver a Londres temprano sin problemas.

A las nueve ya estaba allí. La reunión no estuvo mal, llegamos a un acuerdo, firmamos un contrato, y a mediodía me encon-

traba de nuevo en la autopista. Para entonces en la carretera había bastante tráfico y era contraproducente para el coche de Herbert, que no podía circular a más de ochenta kilómetros por hora sin correr el riesgo de perder un neumático. Me coloqué en el carril de vehículos lentos, pero aun así no pude evitar que los demás conductores hicieran sonar el claxon y sacudieran la cabeza en señal de desaprobación. No es bueno para el alma sentirse un fastidio, especialmente cuando no se ha decidido serlo. Abandoné la autopista en Ashford y tomé una carretera secundaria. Mi sentido de la orientación es bastante malo, pero había una guía en la guantera y me resigné a detenerme regularmente para consultarla.

Al cabo de casi media hora estaba irremediablemente perdida. Aún no sé cómo, pero sospecho que la antigüedad del mapa contribuyó bastante a ello. Y también el hecho de que condujera admirando el paisaje — campos salpicados de flores silvestres que decoraban las cunetas a ambos lados del camino — en lugar de prestar más atención a la carretera. Daba igual el motivo. El caso es que me di cuenta de que había perdido mi localización en el mapa. Avanzaba por un camino estrecho sobre el que unos frondosos y altos árboles habían formado una especie de dosel. Finalmente tuve que admitirlo: no tenía la menor idea de si me dirigía al norte, al sur, al este o al oeste.

De todas formas, no me preocupé, al menos todavía no. Supuse que, si continuaba por aquel camino, tarde o temprano llegaría a algún cruce, algún cartel, un mojón al borde de la carretera donde alguien lo suficientemente amable dibujaría una gran X roja en mi mapa. No tenía que volver al trabajo esa tarde; las carreteras no eran infinitas; lo único que tenía que hacer era mantener los ojos abiertos.

Y así fue como lo vi, asomando de un montículo de hiedra algo agresivo. Era uno de esos antiguos postes blancos con los nombres de los pueblos cercanos grabados en flechas que indican las respectivas direcciones: «Milderhurst, 5 km».

* * *

Detuve el coche y leí el cartel otra vez. Un escalofrío me recorrió la espalda. Un extraño sexto sentido se apoderó de mí y resurgió el borroso recuerdo que había luchado por traer a la superficie desde febrero, cuando le llegó aquella carta perdida a mi madre. Como en un sueño, bajé del vehículo y me encaminé en la dirección que indicaba el cartel. Tenía la sensación de observarme a mí misma desde fuera, casi como si supiera qué iba a encontrar. Tal vez lo sabía.

Porque allí estaba, a menos de un kilómetro por el camino, justo donde había imaginado que estaría. Entre los matorrales se alzaba una enorme verja de hierro, que había sido impresionante en otro tiempo. Ahora sus hojas formaban un ángulo quebrado, inclinadas la una hacia la otra, como si compartieran una pesada carga. En la pequeña garita de piedra un cartel oxidado decía: «Milderhurst Castle».

Mientras avanzaba por el camino en dirección a la verja, mi corazón latía, rápido y enérgico. Aferré un barrote con cada mano —sentí el hierro frío, áspero, oxidado en mis palmas— y apoyé lentamente el rostro y la frente. Seguí con los ojos el sendero de grava que se alejaba, sinuoso, subiendo la montaña, hasta cruzar un puente y desaparecer en la espesura de un bosque.

Aunque hermoso, melancólico y repleto de vegetación, no fue sin embargo el paisaje lo que me dejó sin aliento. Fue el hecho de comprender súbitamente, con absoluta seguridad, que ya había estado allí. Que delante de aquel portón, entre esas rejas, había divisado los pájaros que volaban como retazos de cielo nocturno sobre el exuberante bosque.

Los detalles, susurrados, se iban concretando a mi alrededor. Me sentí inmersa en la trama de un sueño; como si ocupara de nuevo el tiempo y el espacio de mi antiguo yo. Aferré mis

dedos con más fuerza a las rejas y, en algún lugar, en lo más profundo de mi cuerpo, reconocí el gesto que había hecho tiempo atrás. La piel de mis palmas lo recordaba. Yo lo recordaba. Un día soleado, la cálida brisa jugaba con el dobladillo de mi vestido — mi mejor vestido —, veía por el rabillo del ojo la alta sombra de mi madre. La miraba de soslayo mientras ella observaba el castillo, la silueta lejana y oscura en el horizonte. Yo tenía sed, tenía calor, quería nadar en el estanque ondulante que podía ver a través de la verja; nadar junto a los patos y las becadas y las libélulas que planeaban entre los juncos de las orillas.

— Mamá — recuerdo haber dicho, pero ella no respondió—. ¡Mamá!

Volvió la cabeza hacia mí, y por un instante ni una chispa de reconocimiento iluminó sus rasgos. Una expresión que no podía comprender los mantenía cautivos. Era una extraña, una mujer adulta con ojos que escondían secretos. Ahora tengo palabras para describir esa rara amalgama — arrepentimiento, cariño, pena, nostalgia —, pero en aquel momento me desconcertó. Y todavía más cuando la oí decir:

— He cometido un error. No tenía que haber venido. Es demasiado tarde.

Supongo que no le respondí, al menos en ese instante. No entendía qué intentaba decir y, antes de que pudiera preguntarle, me agarró de la mano y me arrastró por el camino hacia nuestro coche, con tanta fuerza que me dolió el hombro. Entonces percibí su perfume — que se había vuelto más penetrante y ligeramente ácido allí donde se había mezclado con el aire abrasador del día — y los olores desconocidos del campo. Puso el motor en marcha y volvimos a la carretera. Yo miraba por la ventanilla una pareja de gorriones cuando lo oí: el mismo llanto espantoso de aquel día en que recibió la carta de Juniper Blythe.